

CHARLAS DE ADVIENTO

—Sobre la Esperanza cristiana—

Días 2, 3 y 4 de Diciembre de 2013
en la parroquia de Santiago Apóstol,
de Alcalá de Henares

I. PRIMER DÍA:

A MODO DE INTRODUCCIÓN, SOBRE LA UNIDAD DE LAS TRES VIRTUDES TEOLOGALES Y EL ADVIENTO COMO TIEMPO DE ESPERANZA

Al concretar el tema de estas charlas sólo se me pidió que tuviera en cuenta que se enmarcan en el recién estrenado Adviento y en el recién estrenado “Año de la Esperanza” para nuestra Diócesis. Ya sabéis que el tema de la esperanza cristiana es un tema en estrecha relación con el tiempo de Adviento

Por otro lado, en la carta pastoral de nuestro obispo, D. Juan Antonio, se nos recomendaba volver a releer una encíclica del papa Benedicto XVI que también tiene como tema la “esperanza cristiana”, así que decidí centrarme en este texto para preparar las charlas. El nombre de la encíclica es *Spe salvi*, salvados en esperanza.

De todos modos no es mi intención hacer una exposición completa de la encíclica, ni siquiera hacer un resumen. Por un lado, una exposición completa en tres sesiones de 45 minutos no me parece muy posible, sobre todo porque hay algunos puntos en los que el papa entra en asuntos filosóficos, que requieren un tiempo reposado para explicarlos. Por otro lado, hacer un resumen de la encíclica supondría ofreceros una idea general pero sin tener la oportunidad de saborear realmente el texto en sus detalles, es decir, sin poder saborear el alimento espiritual que nos ofrece el papa; podría ofreceros una idea general de la encíclica pero con el peligro de calentaros la cabeza y dejaros fría el alma.

Así pues me centraré en algunos asuntos para poder sacar de ellos alimento espiritual y dejar el resto de la encíclica quizá para otra ocasión, quizá para una lectura más personal. De un modo u otro, mi intención es sólo poder decir algo que nos ayude a todos en nuestra vida

cristiana. No tengo interés por dar unas charlas brillantes, sino útiles, útiles para el camino de la fe.

1. EL LUGAR DE LA ESPERANZA EN LA VIDA CRISTIANA. UN PRIMER ACERCAMIENTO

Antes de entrar en la encíclica me gustaría comentar algo sobre la virtud de la esperanza, en relación con las otras virtudes cristianas y con el tiempo de Adviento. Empecemos por lo que todos sabemos para luego seguir adelante: el núcleo de la vida cristiana es el mismo Cristo, su persona —quién es— y su obra. Éste es el corazón de la vida cristiana. En él se resume la vida Cristiana. La vida cristiana es Cristo y nuestra relación con él. Nuestra vida será cristiana, tanto en cuanto sea una vida de relación con Cristo, que es el Hijo de Dios; y así una vida de relación con Dios Padre y con el Espíritu Santo. Diálogo, relación, participación con Dios en la amistad y comunión con Cristo, esto es el centro. Esto es lo que todos ya sabemos, pero que es necesario recordar.

Tengo que mencionar y recordar algo que también muchos sabéis de sobra, sobre todo por propia experiencia: que la relación con Cristo pasa por la pertenencia a la Iglesia. Para que la relación con Cristo sea real, no una mera idea, no un mero deseo, es indispensable la vinculación a aquellos que nos han traído y nos traen a Cristo, la pertenencia al pueblo cristiano, donde él se hace presente, donde él vive, habla y salva. Sólo la vinculación con la Iglesia nos permite entrar en relación con él, nos permite ser cristianos. No es posible la vida cristiana fuera de la relación concreta y real con los miembros de la Iglesia, con los pastores, con los fieles, con su oración, con su liturgia, etc. No se puede ser cristiano de libro, de ideas. La cristiana es una vida de relación con otros cristianos, que se ordenan conforme a una estructura determinada y fijada por el mismo Cristo (básicamente: sacerdocio y fieles); donde él se hace presente para seguir obrando la salvación de los hombres, de forma eminente en la celebración de los sacramentos.

Pero volvamos a la idea principal: el corazón de la vida cristiana es una relación real con Cristo, al que conocemos y del que nos hacemos discípulos en la Iglesia, el que nos salva en la Iglesia. Y a través de Cristo nos introducimos, él nos introduce, en su vida, en la vida trinitaria.

Ahora esa relación con Cristo es un vínculo que tiene un nombre: la fe, o mejor, tiene tres nombres que designan tres aspectos que van unidos en una misma realidad: la fe, la esperanza y la caridad. Son tres aspectos de una realidad única, el vínculo con el que nosotros quedamos unidos a Cristo.

Tenemos, por tanto, como núcleo, a Cristo; luego estamos cada uno de nosotros, no como individuos, sino formando un pueblo, el pueblo cristiano, la Iglesia, fieles y sacerdotes; y tenemos un vínculo de relación con Cristo: la fe, la esperanza y la caridad. Las tres virtudes que llamamos teologales. Cristo, cada uno de nosotros en la Iglesia y el vínculo de las virtudes teologales que nos unen a Cristo y así nos unen a Dios. Nosotros centraremos nuestra reflexión en una de estas virtudes: la esperanza.

Un pequeño inciso: si luego mirásemos más de cerca cada una de estas virtudes, si aplicásemos la lupa —o ampliásemos el zoom— veríamos que estos tres elementos de la fe, la esperanza y la caridad, que se van trenzando para configurar un único vínculo que nos une a Cristo, tiene también otros elementos: por ejemplo la caridad está hecha de oración de entrega a Dios y de agradecimiento, está hecho de actos de perdón para con nuestros semejantes, está hecha de una actitud general de obediencia a Dios y de actos concretos de obediencia, etc. Es decir: la fe, la esperanza y la caridad se van trenzando para formar un único y sólido vínculo con Cristo, pero a su vez cada una de estas virtudes se trenza con otros muchos elementos.

He querido decir esto para que entendamos: primero, la importancia de la virtud de la esperanza, el lugar que ocupa en la vida cristiana; segundo, para que desde el principio entendamos que está en íntima relación con la fe y con la caridad.

2. LA RELACIÓN DE LAS TRES VIRTUDES CARDINALES

Busquemos ahora aclarar como se conjugan las tres virtudes cardinales. Vamos a partir, para ello de un texto de san Pablo en su carta a los Gálatas: **«Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí»** (Gal 2,20)¹.

San Pablo nos da aquí un apunte autobiográfico, habla en primera persona, de sí mismo y de lo que él vive.

Lo primero que hay que decir es que habla de su vida cristiana, de una vida, la suya — que ya ha sido transformada por Cristo, que es ya la vida de un cristiano. **«La vida que vivo»**. De hecho, justamente antes podemos leer aquella frase suya que se ha hecho famosa, también autobiográfica: **«Vivo yo, pero ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí»**. De su nueva vida de cristiano, de eso habla san Pablo.

¹ Otras veces, cuando he tomado esta cita lo he hecho de la traducción de la Biblia de Jerusalén, pero creo que esta otra traducción de la Biblia de Navarra, es más fiel al original griego (ὁ δὲ νῦν ζῶ ἐν σαρκί, ἐν πίστει ζῶ τῇ τοῦ υἱοῦ τοῦ Θεοῦ, τοῦ ἀγαπήσαντός με καὶ παραδόντος ἑαυτὸν ὑπὲρ ἐμοῦ.) y puede ser más válida para el análisis del contenido que propongo.

La segunda cosa es que habla del momento presente de esta vida. «**La vida que vivo ahora en la carne**». En el texto original este momento presente está subrayado por una “**ahora**” (vôv). Esta vida cristiana del presente está caracterizada por un **vivir en la carne**. San Pablo está hablando, por tanto, de este periodo de la vida, vida cristiana ya, vida nueva, que ya ha recibido el perdón del pecado, que ya disfruta de la gracia y del amor de Dios, pero una vida marcada por las limitaciones que nos impone esta vida mortal y por el poder que el pecado tiene aún sobre nosotros. Habla de esta vida en la que disfrutando ya del amor de Dios, tenemos que soportar la enfermedad, la tentación y todo tipo de pruebas. Este momento, este ahora, supone un después en el que las cosas serán distintas.

En tercer lugar nos dice que en este tiempo él vive en la fe. La vida cristiana, en este período que es nuestra vida mortal es una vida en la fe. Nuestra vida se sustenta en la fe. De ahí que otros hayan traducido: «**vivo de la fe**». Ya tenemos aquí la alusión a la primera de las virtudes, aquella que es el principio de la vida cristiana, y que según dice san Pablo aquí, sostiene la vida cristiana mientras vivimos en la carne.

En cuarto lugar san Pablo hace referencia al contenido nuclear de esta fe. Ese contenido fundamental es la persona del Hijo de Dios: «**vivo de la fe en el Hijo de Dios**». La persona del Hijo de Dios es el centro de la fe cristiana. Al hablar del Hijo de Dios hacemos referencia a una persona, a Jesús, pero a esta persona no como un yo cerrado sobre sí mismo, sino a una persona que se define por su relación con otra: Jesús es el Hijo de Dios. Esto es el centro del dogma cristiano, pero no nos pararemos aquí. Por tanto, san Pablo dice que en su vida presente como cristiano que aún vive en esta carne, vive, se sostiene, se nutre espiritualmente, de la fe en el Hijo de Dios.

En quinto lugar, añade: «**vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí**». San Pablo no hace sólo referencia como contenido de su fe al misterio que encierra la persona de Jesús, sino también a unos hechos: «me amó», «se entregó por mí». Personalmente no puedo dejar de creer que san Pablo está pensando en la cruz cuando dice de Jesús: «me amó y se entregó» por mí.

¿Qué es lo que tenemos con todo esto? Que la fe es el suelo donde un cristiano pisa en esta vida, donde se sostiene, de la que se alimenta. Que esa fe tiene como centro la persona de Jesucristo, el Hijo de Dios. Y que el origen de donde surge la fe y de donde constantemente brota para sustentar el hoy del cristiano, es el acontecimiento de la vida de Jesús, especialmente los hechos de su muerte y su resurrección, hechos que muestran su amor por nosotros.

Nos podemos dar cuenta así que la fe nace de estos hechos históricos y no puede separarse de ellos. Conocemos quién es el Hijo de Dios y su amor por lo que ha hecho en la historia, por las cosas que ha dicho y ha hecho. Sus palabras y las cosas que hizo, también su

muerte y su resurrección, son el origen de la fe, que nos dice quién es, el Hijo de Dios, y nos dice también que nos ama y cómo nos ama: hasta la entrega de sí mismo.

La historia es fundamental para el cristianismo. No es sólo un lugar donde podemos encontrar ejemplos para vivir bien, sino el lugar donde Dios nos ha manifestado quién es y nos ha revelado su amor por nosotros. De ahí que la Iglesia tenga como sagrados los textos de los evangelios que nos testimonian estos hechos. De ahí que el propio san Pablo aconsejase a su discípulo y a nosotros: «**Haz memoria de Jesucristo**» (2 Tim 2,8). Y por eso el mismo Señor nos dejó la Eucaristía. ¿Qué es la eucaristía? Memoria de su entrega por nosotros: «**Haced esto en memoria mía**» (Lc 22,19) Y dice también san Pablo: «**Cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga**» (1 Cor 11,26).

Cuando la fe deja de sustentarse en estos hechos, los de la vida de Jesús, los de la muerte y resurrección de Cristo, la fe misma pierde su originalidad, pierde su fuerza y se convierte en algo indefinido. Equivocadamente queremos muchas veces hacer actual el origen de nuestra fe haciéndola descansar en los acontecimientos de nuestra vida, lo hacemos con buena intención, pero nos equivocamos. Sabemos quién es Jesús y conocemos su amor por nosotros, no porque tengamos experiencia directa de ello en nuestra vida, sino porque él lo mostró de una vez por todas en la cruz. Con esa luz luego podemos volver sobre los acontecimientos de nuestra vida e interpretarlos, porque son ahora iluminados con la verdad que ya conocemos; pero la verdad, que Jesús es el Hijo de Dios y que realmente nos ama, nos lo ha revelado él en su muerte y resurrección, no en la vida privada de cada uno de nosotros. Es acudiendo allí donde aprendemos todo y donde aprendemos también a interpretar correctamente nuestra vida como expresión del amor de Dios. Pero la luz la recibimos allí. Allí brota la fe, que es luz, que es seguridad, que es un suelo firme donde pisar, que es alimento del alma.

Sin embargo al hacer referencia a las palabras de Jesús sobre la Eucaristía: «**Haced esto en memoria mía**», surge ante nosotros otro dato fundamental. Y es que conforme a la doctrina católica, esta memoria de la muerte y de la resurrección de Cristo no es una representación, no es tampoco un simple recuerdo, sino que en virtud del poder del Espíritu Santo, en virtud del poder de Cristo resucitado, en virtud del poder que Cristo dio a los apóstoles, con aquel mandato: «**haced esto en conmemoración mía**», la eucaristía es una memoria muy especial. Es una memoria que hace presente en el ahora aquellos mismos hechos que recuerda del pasado: hace presente a Cristo y su sacrificio en la cruz y su victoria en la resurrección. Así pues, la fe tiene su origen en unos hechos pasados, pero esos hechos pasados se hacen actuales, verdaderamente actuales, verdaderamente presentes en la celebración del Sacramento, que se convierte así en alimento de los fieles, en el origen permanente de la fe. La comunión del cuerpo y de la sangre de Cristo lleva a su máxima expresión este hacerse presente para nosotros el sacrificio único e irrepetible de su muerte y resurrección.

Ya hemos dicho cuál es el contenido fundamental de esta fe: que Jesús es el Hijo de Dios y su amor por mí. Esta es la gran luz con que Dios alimenta al espíritu humano. De esta seguridad y de esta luz de la fe, que insisto, es el origen de la vida cristiana, surgen las otras dos virtudes: la esperanza y la caridad.

Y es fácil entender cómo y por qué surgen. Al contemplar por la fe al Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí en la cruz, al entender que su resurrección y que la celebración de la eucaristía hace presente ese sacrificio, esa entrega y ese amor, no puede sino brotar, con la misma luz de la fe, el amor hacia quien nos ha amado primero: **«El amor saca amor», «El amor con amor se paga»**. De la fe nace el amor. Si hay fe hay amor. Y no sólo amor a aquel que nos ha amado, sino amor a todo lo que él ama, es decir, amor a todos, también a los propios enemigos.

Es cierto que la fe y el amor no se dan desde el principio de forma perfecta, requieren un camino. La fe es un camino y el amor es también un camino, tienen un principio que es como una semilla que debe crecer, que debe desarrollarse y debe perfeccionarse. La vida de los grandes santos, en los que la fe y el amor han brillado con una perfección que nos asombra, muestran que siempre la perfección de la fe y del amor es el resultado de un proceso, de un camino. Más aún, que este camino es costoso, fundamentalmente porque la fe y el amor implican la muerte del propio yo. Y no es que venga otro a sacrificar mi yo. Eso sería bastante fácil. Ese «yo» sólo puedo sacrificarlo yo mismo. **«Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga»** (Mt 16,24). La fe y el amor requieren este holocausto del yo para afirmar a Dios y al hermano, implican, por tanto, trabajo, cansancio, perdón, humillación... Es decir purificación y sacrificio. Aunque en realidad en este amor uno no queda aniquilado sino que consigue una vida verdadera y una libertad verdadera: **«Quien encuentre su vida, la perderá; pero quien pierda por mí su vida, la encontrará»** (Mt 10,39)

Y ¿qué es lo que sostiene ese duro camino de la fe y de la caridad? —La esperanza. La esperanza de que Dios llevará a término su obra en nosotros y la esperanza de que cuando esta obra acabe nosotros gozaremos del amor de Dios, de ese amor que manifestó en la cruz y que es el principio de nuestro camino de fe. La esperanza de que gozaremos de él en toda su plenitud, amando también nosotros, manteniendo un verdadero diálogo de amor, un diálogo de amor entre el amor perfecto y eterno de Dios y nuestro pequeño amor, pequeño pero verdadero, pequeño pero ya perfeccionado. La esperanza, también, de que en este abrazo con el amor de Dios estarán incluidos aquellos otros a los que amamos, aquellos otros a los que Dios ama, la esperanza de que este diálogo eterno de amor incluirá también a los mejores hijos de la Iglesia, a Santa María virgen y a los otros santos.

Quisiera aquí leer y comentar brevemente un texto del literato francés Charles Péguy, de su libro *El pórtico del misterio de la segunda virtud*. No leo el texto continuo porque se haría muy largo, voy solo tomando algunas muestras.

*La caridad, dice Dios, no me sorprende.
No me resulta sorprendente.
Esas pobres criaturas son tan desdichadas que a menos de tener un corazón de piedra, cómo
no iban a tener caridad unas con otras.
Cómo no iban a tener caridad con sus hermanos.
Cómo no iban a quitarse el pan de la boca, el pan de cada día, para dárselo a desdichados
niños que pasan.
Y ha tenido mi hijo una tal caridad con ellos*

*Mi hijo su hermano.
Una caridad tan grande.*

*Pero la esperanza, dice Dios, sí que me sorprende.
A mí mismo.
Sí que es sorprendente.
Que esos pobres niños vean cómo pasa todo eso y crean que mañana ira mejor.
[...]
Sí que es sorprendente y seguro que la más grande maravilla de nuestra gracia.
Y yo mismo me quedo sorprendido.
Y mi gracia tiene que ser en efecto, una fuerza increíble.
Y brotar de una fuente y como un río inagotable.
Desde esa primera vez que brotó [...]
Como un río de sangre, del costado abierto de mi hijo.
Qué grande tiene que ser mi gracia y la fuerza de mi gracia para que esa pequeña
esperanza, vacilante al soplo del pecado, temblorosa a todos los vientos, ansiosa al
menor soplo, sea tan invariable, se mantenga tan fiel, tan recta, tan pura; e invencible,
e inmortal, e inextinguible; que esa llamita del santuario
Que arde eternamente en la lámpara fiel.
Una llama vacilante ha atravesado el espesor de los tiempos.
Una llama ansiosa ha atravesado el espesor de las noches [...]
Una llama inextinguible, inextinguible al soplo de la muerte.*

*Lo que me admira, dice Dios, es la esperanza [...]
Esa pequeña esperanza que parece de nada.
Esa niñita esperanza
Inmortal,*

*Porque mis tres virtudes, dice Dios [...]
La Fe es una Esposa fiel.
La Caridad es una Madre.
Una madre ardiente, toda corazón.
O una hermana mayor que es como una madre.*

*La Esperanza es una niñita de nada [...]
Pero esa niñita atravesará los mundos.
Esa niñita de nada.
Sola, llevando a las otras , atravesará los mundos concluidos*

*Como la estrella condujo a los tres reyes desde el fondo delicado de Oriente.
Hacia la cuna de mi hijo.
Así una llama temblorosa
Conducirá ella sola a las Virtudes y a los Mundos.
Una llama traspasará las tinieblas eternas. [...]*

*La pequeña esperanza avanza entre sus dos hermanas mayores y no se la toma en cuenta
[...]
Avanza.
Entres sus dos hermanas mayores.
La que está casada.
Y la que es madre.
Y no se le presta atención, el pueblo cristiano no presta atención sino a las dos hermanas
mayores.
A la primera y a la última.
Que van a lo más urgente
En el tiempo presente.
En el instante momentáneo que pasa.
El pueblo cristiano no ve sino a las dos hermanas mayores, no tiene ojos sino para las dos
hermanas mayores.
La que está a la derecha y la que está a la izquierda.
Y no ve casi a la que está en medio [...]
Y cree fácilmente que son las dos mayores las que arrastran a la pequeña de la mano [...]
Para hacerla seguir ese camino áspero de la salvación.
Los ciegos no ven, al contrario
Que ella en medio arrastra a sus dos hermanas mayores.
Y que sin ella no serían nada.
Sino dos mujeres ya de edad [...]
Ajadas por la vida.*

*Ella, esa pequeña, arrastra todo.
Porque la Fe no ve sino lo que es.
Y ella ve lo que será.
La Caridad no ama sino lo que es.
Y ella ama lo que será [...]*

La Esperanza ve lo que todavía no es y que será [...]

*Por el camino ascendente arenoso, difícil.
Por la senda ascendente.
Arrastrada, colgada de los brazos de sus dos hermanas mayores,
Que la llevan de la mano,*

*La pequeña esperanza
Avanza
Y en medio entre sus dos hermanas mayores aparenta dejarse arrastrar.
Como una niña que no tuviera fuerza para andar [...]
Y en realidad es ella la que hace andar a las otras dos.
Y las arrastra.
Y hace andar a todo el mundo
Y lo arrastra
Porque sólo se trabaja por los niños.*

Y las dos grandes no andan sino por la pequeña.²

Por recapitular y sintetizar: la fe mira a los hechos históricos, al pasado, aunque para nosotros este pasado sea presente en el sacramento. La caridad mira al presente, mira cómo responder al amor de Dios, mira como amar, mira como obedecer a este amor amando a su prójimo, busca el esfuerzo, busca el sacrificio, busca entregarse a los otros y a Dios. La esperanza mira al futuro, cuando el amor sea ya sólo el gozo de ser poseídos totalmente por un amor perfecto y el gozo de un amor que aunque sea pequeño sea digna respuesta al amor de Dios. Pero esta esperanza tiene su fundamento también en la fe. Si esperamos todo esto es porque esperamos que Dios cumplirá su palabra y nos llevará a la vida plena, nos perfeccionará y nos hará partícipes de su vida. Y si esperamos en Dios es porque la fe nos dice que Dios es de fiar, porque la fe nos dice que Dios ya nos ha mostrado su amor por nosotros, hasta la muerte. Que, por lo tanto, podemos esperar en él.

Creo que ya se comprende lo que os decía al principio: que nuestro vínculo con Cristo es una única realidad, que tiene tres elementos inseparables: la fe, la esperanza y la caridad. El principio de todo está en la fe: ella nos informa del amor de Dios y de ahí nacen nuestro amor y nuestra esperanza. La fe no es verdadera si no provoca amor y esperanza: el amor que trabaja y se sacrifica; la esperanza que por lo que sabe de la fe, espera en Dios.

Por otro lado, nuestra esperanza es transitoria, vale para el tiempo en el que estamos en proceso, toda esta vida presente hasta que lleguemos a la plenitud. Una vez allí ya no esperaremos, solo amaremos, poseeremos.

El amor es ahora un amor que nos lleva al sacrificio, que nos lleva al trabajo y al cansancio, siempre mayor, pero que llegará a ser sólo gozo de ser poseídos y de poseer al amor perfecto. Pero durante esta vida, el amor necesita constantemente ser informado por la fe del amor de Dios y necesita la esperanza, la certeza de que llegará a puerto y de que hallará descanso. El amor no puede subsistir sin la fe y sin la esperanza. Para el amor, la fe es como el

² CHARLES PÉGU, *El Pórtico del misterio de la segunda virtud* (Encuentro, Madrid 1991) 16-18. 21-23

cimiento sobre el que construye su propia obra, la del propio sacrificio, donde él levanta el ara donde se dispone al sacrificio. Para el amor, la esperanza es como un ancla de seguridad en el futuro que aguarda³.

Y ahora, ¿qué tiene que ver todo esto con el Adviento?

El adviento es un tiempo que alimenta nuestra esperanza y nos enseña a esperar. Lo hace al proclamar la próxima venida de Cristo. Vosotros sabéis bien que al anunciar la venida de Cristo, el adviento no anuncia sólo su nacimiento como hombre verdadero, sino también la venida como Rey, que viene a tomar posesión definitiva de su Reino y a hacer justicia. La palabra latina como la griega del adviento hacían referencia a la vuelta victoriosa y triunfante del rey tras la batalla. El adviento anuncia también esta segunda venida triunfante de Cristo Rey tras la batalla contra el pecado a lo largo de la historia, anuncia la Parusía.

La Navidad es la memoria de lo que el Hijo de Dios ha hecho ya por nosotros en sus orígenes. Volvemos los ojos a esta historia porque en ella cada detalle nos habla de quien es Jesús, es decir, el Hijo de Dios; y de lo que hace por nosotros, es decir, obrar nuestra salvación; y de cómo lo hace, amándonos hasta el extremo. La navidad es el principio sorprendente de esta obra. Y porque es el principio sorprendente y además se adapta a nuestra pequeñez es el principio de la esperanza cristiana. Digo que es sorprendente, porque el hombre jamás hubiese imaginado una condescendencia tal de Dios, que le llevase a hacerse hombre. Y adaptada a nosotros, porque al hacerse hombre se manifestó, de forma humilde, como si no quisiera espantarnos con la manifestación de su grandeza divina.

Cuando un cristiano comienza el adviento ya tiene fe, ya conoce lo que sucede en la Navidad, ya tiene esta fe y tiene el amor que surge de ella. Pero tiene fe y amor aún sin perfeccionar, estamos aún en camino, estamos aún en el horno de esta vida, donde debemos llevar a perfección la fe y el amor (Cf. Si 2,1ss). Y en medio de este camino, el cristiano, al volver su espera a la celebración de la Navidad, espera que su amor y su fe crezcan a partir del principio donde todo tuvo un nuevo comienzo. Y así la esperanza lo pone en camino. En la memoria de aquellos hechos crecerá su fe, crecerá su amor y también su esperanza se consolidará.

Por otro lado, cuando un cristiano comienza el adviento sabe que su vida no se dirige ya hacia Belén, sino hacia la Jerusalén del cielo, y aspira a ella. O mejor: sabe que su Señor ya ha hecho todo lo que debía hacer por él, sabe que ahora en esta vida su amor y su fe deben madurar con el fuego del Espíritu Santo, que debe llegar a su perfección y espera que su Señor vuelva victorioso, victorioso sobre sus propios pecados, victoriosos sobre sus propios límites,

³ En la exposición verbal de la charla, sólo llegamos hasta este punto, aún así mantenemos en la versión escrita lo que estaba preparado.

victorioso sobre sus propias dudas, para llevarlo con él, para terminar su obra e introducirlo en las moradas eternas.

De esta forma el adviento educa nuestra esperanza: esperamos porque tenemos motivos, porque Dios ya ha comenzado su obra, porque ya se hizo hombre y nació por nosotros... Ahora queremos volver los ojos hacia este acontecimiento del nacimiento de Cristo esperando que allí se fortalezca nuestra fe, que nuestro amor sea aliviado por el amor que Dios allí nos manifiesta. Nuestra esperanza se alimenta de la fe. Y nuestra fe dice: Dios vino por ti, se hizo hombre por ti, volveremos a celebrar su nacimiento por ti, y al decirnos esto, nuestra esperanza crece. Espera celebrar de nuevo el comienzo de nuestra salvación y crece, pero espera también contemplar la consumación de la salvación, cuando Cristo vuelva como Rey en su Parusía. Y así mirando a la primera venida y a la última nuestra esperanza nos hace clamar: «**Sí, Ven, Señor Jesús**» (Ναί, ἔρχου, Κύριε Ἰησοῦ —Ap 22,20—).

Y esto es el Adviento.

II. SEGUNDO DÍA

LA ESPERANZA CRISTIANA. AL HILO DE LA *SPE SALVI* (I)

Hoy nos vamos a introducir en la encíclica de Benedicto XVI sobre la esperanza cristiana. Nos centraremos en los fundamentos bíblicos que el papa recoge como base de su enseñanza sobre la esperanza cristiana.

Sólo quiero añadir una cosa antes de meternos en el texto del papa. Que al hablar de esperanza cristiana, no estamos hablando de cualquier esperanza, ni de una actitud meramente humana de esperar que el mañana sea mejor que fue el ayer y que es el hoy. Muchas veces la esperanza de los hombres se basa sólo en si uno tiene una talante optimista o no, o en los deseos que tiene de que el futuro cumpla lo que no ha hecho ni el pasado ni el presente... En este sentido, muchas veces, las esperanzas de los hombres tienen poco fundamento y, porque su fundamento es débil no consiguen ayudar al hombre en el presente o lo abocan al desencanto en el futuro.

La esperanza cristiana, por el contrario, no depende de la actitud del sujeto que se enfrenta a la vida, de si es optimista o no. La esperanza cristiana depende de Cristo, de lo que ha hecho y ha dicho en el pasado, de su acción en el presente a través de la Iglesia, y de lo que ha prometido para el futuro.

1. El Papa toma como punto de partida una afirmación de san Pablo que da nombre al documento: «*SPE SALVI facti sumus*» – en esperanza fuimos salvados [...] (Rm 8,24).

¿Qué significa esta afirmación de s Pablo? —Que «la “redención”, la salvación, no es sencillamente un dato de hecho». Es decir, nosotros, aún tenemos que luchar con el pecado y con sus consecuencias, con la enfermedad, con el dolor, y aún tenemos que hacer nuestra la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte. Nuestra libertad aún está en juego. La salvación no es algo que ya poseamos plenamente, poseemos la redención en esperanza. Y esa esperanza, anclada en el futuro, porque es una esperanza fiable, nos redime, es decir, nos libera, en el presente. «El presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino». El papa mostrará a lo largo de la encíclica que esta certeza es fiable y cuál es su fuerza para llegar a redimirnos en el presente, cuando ella está anclada en el futuro. Y mostrará cual es el contenido de esta esperanza. Estos son los dos grandes asuntos que busca aclarar el papa.

2. Dicho esto, Benedicto XVI pasa a subrayar cómo la fe y la esperanza cristiana se implican, la unidad que existe entre la esperanza cristiana y al fe: «“Esperanza” es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras “fe” y “esperanza” parecen intercambiables». Así aparece en Hb 10, 22-23: «acerquémonos con un corazón sincero y una *fe* plena [...] Mantengamos firme la confesión de la *esperanza*, porque fiel es el que hizo la promesa». Y lo mismo en 1Pe 3,15: «dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza». En ambos sitios esperanza equivale a fe. Con lo que se subraya la unidad que existe entre estas dos realidades.

Y es que la fe en el Dios verdadero trae al corazón del hombre la esperanza. De ahí: Pablo recuerda a los Efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo «**ni esperanza ni Dios**» (Ef 2,12). Naturalmente, San Pablo sabía que ellos habían tenido dioses, pero dioses que se habían mostrado inciertos, en el fondo porque eran sólo construcciones humanas. De ellos no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban «sin Dios» y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío. Sin embargo la fe nos da noticia de lo que Dios mismo ha revelado de sí. Éste conocimiento cierto de Dios es el que nos da seguridad, nos trae esperanza.

En el mismo sentido les dice a los Tesalonicenses: «No os aflijáis como los hombres sin esperanza» (1 Ts 4,13). [...] los cristianos [...] tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. El cristianismo no era solamente una «buena noticia», una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. [...] Sino que además el contenido fundamental del

Evangelio, ha abierto de par en par la puerta oscura del tiempo, del futuro. Y con esa puerta abierta, el presente se vive de otra manera, se vive con esperanza. Se nos ha dado una nueva vida. Así la esperanza de un futuro cierto nos redime en el presente, nos rescata ahora.

3. Volvamos a repetir: esta esperanza tiene como origen el conocimiento de Dios. Antes del encuentro con Cristo, los Efesios estaban sin esperanza, porque estaban en el mundo «sin Dios». Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza.

Nosotros no nos percatamos de esto porque hemos vivido siempre con el concepto cristiano de Dios y nos hemos acostumbrado a él. Para hacernos ver cómo del conocimiento de Dios surge esta esperanza nueva, capaz de redimirnos, el papa va a poner el ejemplo de una santa de nuestro tiempo, que hasta su adolescencia no conoció nada del Dios cristiano.

«Josefina Bakhita, canonizada por el Papa Juan Pablo II. Nació aproximadamente en 1869 [...] en Sudán. Cuando tenía nueve años fue secuestrada por traficantes de esclavos, golpeada y vendida cinco veces en los mercados de Sudán. Terminó como esclava al servicio de la madre y la mujer de un general, donde cada día era azotada hasta sangrar [...]. Por fin, en 1882 fue comprada por un mercader italiano para el cónsul italiano Callisto Legnani que [...] volvió a Italia. Aquí, después de los terribles “dueños” de los que había sido propiedad hasta aquel momento, Bakhita llegó a conocer un “dueño” totalmente diferente –que llamó “paron” en el dialecto veneciano que ahora había aprendido–, al Dios vivo, el Dios de Jesucristo. Hasta aquel momento sólo había conocido dueños que la despreciaban y maltrataban o, en el mejor de los casos, la consideraban una esclava útil. Ahora, por el contrario, oía decir que había un “Paron” por encima de todos los dueños, el Señor de todos los señores, y que este Señor es bueno, la bondad en persona. Se enteró de que este Señor también la conocía, que la había creado también a ella; más aún, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el “Paron” supremo, ante el cual todos los demás no son más que míseros siervos. Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba “a la derecha de Dios Padre”. En este momento tuvo “esperanza”; no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa».

Ya no era esclava, sino hija de Dios. Por eso su vida era digna de ser vivida. Con el conocimiento del Dios verdadero le llegó una esperanza que la redimía en el presente.

4. El ejemplo de Bakhita es casi contemporáneo. En los primeros siglos de expansión del cristianismo casos como el de Bakhita se multiplicaron entre los más pobres, que sufrían

una gran opresión. Y su esperanza no consistió en la transformación de una sociedad injusta, sino en el conocimiento del Dios verdadero. Como es normal por las grandes injusticias que allí se daban, surgieron muchos “revolucionarios” que intentaban cambiar algunas de aquellas cosas, aunque normalmente con un odio y una violencia tan grande como la que intentaban combatir.

El cristianismo, por el contrario, «no traía un mensaje socio-revolucionario como el de Espartaco que, con luchas cruentas, al fin fracasó. Jesús no era Espartaco, no era un combatiente por una liberación política como Barrabás o Bar-Kokebá. Lo que Jesús había traído, habiendo muerto Él mismo en la cruz, era algo totalmente diverso: el encuentro con el Señor de todos los señores, el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transformaba desde dentro la vida y el mundo».

No impone por la fuerza un cambio de estructuras, pero genera entre los que poseen esta esperanza una vida nueva, una nueva manera de relacionarse, una nueva sociedad. «La novedad de lo ocurrido aparece con máxima claridad en la *Carta* de san Pablo a *Filemón* [...]. Pablo [...] devuelve el esclavo a su dueño, del que había huido, y no lo hace mandando, sino suplicando: “Te recomiendo a Onésimo, mi hijo, a quien he engendrado en la prisión [...] Te lo envío como algo de mis entrañas [...] Quizás se apartó de ti para que le recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino mucho mejor: como hermano querido” (Flm 10-16). [...] Aunque las estructuras externas permanecieran igual, esto cambiaba la sociedad desde dentro».

Al final, el conocimiento del Dios verdadero y la nueva esperanza terminaron por transformar poco a poco aquella sociedad. Los cristianos, huéspedes y peregrinos en la tierra, añorando la patria futura (cf. Hb 11,13-16; Flp 3,20) reconocen que la sociedad actual no es su ideal; ellos pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación⁴.

5. Pero la nueva fe trajo esperanza no sólo a los pobres, también a «las clases sociales aristocráticas y cultas [...] porque éstas también vivían en el mundo «sin esperanza y sin Dios». La religión romana se había convertido en una religión política y en una religión de ritos vacíos que no remitían a Dios, en todo caso remitían a dioses que en el fondo no eran sino la personificación de los poderes de este mundo —de las riquezas y el dinero, del placer y el sexo, del poder y del dominio, de las pasiones de los hombres, de la ambición y de la lujuria. Por otro lado el pensamiento filosófico había reducido la idea de Dios a las fuerzas

⁴ Aquí aparece la teología de la historia que entiende la irrupción del Evangelio como el inicio de una historia “salvada” en esperanza, germinalmente, que crece junto a otra, la historia normal.

naturales, a las fuerzas del Universo. Conclusión: ni las religiones ni la filosofía ofrecían un Dios al que se pudiera rezar, una persona. Y si Dios, como realidad personal no existe, entonces el hombre está abandonado al poder del Estado y al poder de los elementos del mundo.

San Pablo contrapone justamente la vida cristiana a la vida pagana: la vida cristiana como una vida bajo el señorío de Cristo; la vida pagana como una vida bajo el señorío de los elementos del mundo (Cf. Col 2,8).

El cristianismo trajo la certeza de que la vida del hombre no está gobernada, en última instancia ni por los poderosos de este mundo, ni por el capricho o la casualidad, ni por los astros, o la necesidad inquebrantable del Destino, sino por aquel que había muerto por amor en la cruz, que había resucitado y ahora era Señor del Universo. Era un cambio radical: «No son los elementos del cosmos, las leyes de la materia, lo que en definitiva gobierna el mundo y el hombre, sino que es un Dios personal quien gobierna las estrellas, es decir, el universo; la última instancia no son las leyes de la materia y de la evolución, sino la razón, la voluntad, el amor: una Persona. Y si conocemos a esta Persona, y ella a nosotros, entonces el inexorable poder de los elementos materiales ya no es la última instancia; ya no somos esclavos del universo y de sus leyes, ahora somos libres. [...] El cielo no está vacío. La vida no es el simple producto de las leyes y de la casualidad de la materia, sino que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor».

6. Testimonio de la esperanza que surgió con la nueva fe es, por ejemplo, la representación que se comenzó a hacer de Cristo en los sarcófagos de los primeros tiempos del cristianismo. Allí encontramos a Cristo representado como filósofo y como pastor. Como el que mostraba la verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre Dios y el que con esta verdad era capaz de conducir al hombre. Es importante notar que esta representación se encuentre en los sarcófagos. Lo que se dice con ello es que Cristo, verdadero filósofo y verdadero pastor, tiene que ver también con esta experiencia última del hombre. Que también en ella él muestra la verdad y el camino, que también a través de ella él conduce al hombre.

La muerte, al fin, es la gran piedra de toque de toda filosofía y de toda vida humana. Estas representaciones están diciendo: Cristo es nuestro pastor, el nos ha mostrado una verdad que nos hace albergar esperanza incluso cuando la muerte nos arrebatara a los que queremos. «“El Señor es mi pastor, nada me falta... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo...” (Sal 23 [22],1-4). El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para

atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su “vara y su cayado me sosiega”, de modo que “nada temo” (cf. Sal 23 [22],4), era la nueva “esperanza” que brotaba en la vida de los creyentes».

7. Volvemos ahora a un texto fundamental de la Escritura para entender qué es la fe y la esperanza que estamos diciendo que la acompaña. Vamos a Hb 11,1. Allí «se encuentra una especie de definición de la fe que une estrechamente esta virtud con la esperanza. La frase dice así: «La fe es *substancia* de lo que se espera y prueba de lo que no se ve». Benedicto XVI hace un repaso a una larga historia y discusión sobre la exégesis, sobre la interpretación de este versículo. Nosotros nos conformamos ahora con sus resultados finales.

Concluye sobre este versículo: «Podríamos decir que con la fe ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan. Están seminalmente, no en su estado de desarrollo pleno, pero lo están realmente, en sustancia, en realidad. Está el todo pero como una semilla que ha de desarrollarse. Están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera.

Y precisamente porque la realidad misma ya está presente, esta presencia de lo que vendrá genera también certeza: esta «realidad» que ha de venir no es visible aún en el mundo externo (no «aparece»), pero debido a que, como realidad inicial y dinámica, la llevamos dentro de nosotros, nace ya ahora una cierta percepción de la misma».

Esto es importante porque a veces se interpreta la fe como una especie de sentimiento, una especie de tendencia del espíritu humano hacia Dios, o la presunción de que las cosas quizá sean de una determinada manera («creemos que será así», «imaginamos que será así», «suponemos»). Parecería que la fe no es más que un deseo, una suposición... Y poco más. Pero al decir la Carta a los Hebreos que la fe es sustancia de lo que se espera, está diciendo que la fe tiene un contenido concreto y que nos da algo real, que trae a nosotros algo real, aunque sea en estado seminal y aunque aún no podamos verlo: «La fe es *substancia* de lo que se espera y prueba de lo que no se ve».

Con palabras del Papa:

«La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una « prueba » de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro “todavía-no”. El

hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras».

8. Vamos ahora a otro pasaje de Hb (Hb 10,34), donde se muestra un ejemplo de esto de que la fe es algo real, una sustancia, no un mero deseo, no una mera tendencia del espíritu humano o una suposición.

«El autor habla a los creyentes que han padecido la experiencia de la persecución y les dice: “Compartisteis el sufrimiento de los encarcelados, aceptasteis con alegría que os confiscaran los bienes (*hyparchonton*, Vg: *bonorum*), sabiendo que teníais bienes mejores y permanentes (*hyparxin*, Vg: *substantiam*)».

Dice: “os confiscaron los bienes”, las propiedades, lo que en la vida terrenal constituye el sustento, la base, la “sustancia” con la que se cuenta para la vida. «Lo han soportado porque después de todo consideraban irrelevante esta sustancia material. Podían dejarla porque habían encontrado una «base» mejor para su existencia, una base que perdura y que nadie puede quitar. [... Y es que] La fe otorga a la vida una base nueva, un nuevo fundamento sobre el que el hombre puede apoyarse, de tal manera que precisamente el fundamento habitual, la confianza en la renta material, queda relativizado. Se crea una nueva libertad [...], la que nos ha dado Dios con su don y que nadie puede arrebatarnos, ni siquiera la muerte, como sí puede arrebatar todo lo demás.

«Esta nueva libertad, la conciencia de la nueva «sustancia» que se nos ha dado, se ha puesto de manifiesto no sólo en el martirio, en el cual las personas se han opuesto a la prepotencia de la ideología y de sus órganos políticos [...]. También se ha manifestado sobre todo en las grandes renunciaciones, desde los monjes de la antigüedad hasta Francisco de Asís, y a las personas de nuestro tiempo que [...] han dejado todo por amor de Cristo para llevar a los hombres la fe y el amor de Cristo [...]. En estos casos se ha comprobado que la nueva «sustancia» es realmente «sustancia»; de la esperanza de estas personas tocadas por Cristo ha brotado esperanza para otros que vivían en la oscuridad y sin esperanza. En ellos se ha demostrado que esta nueva vida posee realmente «sustancia» y es una «sustancia» que suscita vida para los demás. Para nosotros, que contemplamos estas figuras, su vida y su comportamiento son de hecho una “prueba” de que las realidades futuras, la promesa de Cristo, no es solamente una realidad esperada sino una verdadera presencia: Él es realmente el «filósofo» y el «pastor» que nos indica qué es y dónde está la vida».

9. De esta sustancia, de esta realidad que nos trae la fe y que nos da una esperanza que nos salva, que nos redime en el presente, se sigue también una libertad ante los hombres y

ante los acontecimientos de la vida, que hace que los verdaderos cristianos sean pacientes, perseverantes, constantes y valientes, virtudes estas que no nacen del natural, sino de esta esperanza, que nos capacita con una nueva forma de afrontar la vida.

De ahí que, la misma *Carta a los Hebreos* añada a las palabras que hemos comentado la siguiente exhortación «necesitáis paciencia para conseguir los bienes prometidos cumpliendo la voluntad de Dios» (Hb 10,36). «El creyente necesita saber esperar soportando pacientemente las pruebas para poder “alcanzar la promesa”»

Saber esperar, paciencia, ésta es la que «designaba la espera de Dios característica de Israel: su perseverar en la fidelidad a Dios basándose en la certeza de la Alianza, en medio de un mundo que contradice a Dios. Así, la palabra [la espera] indica una esperanza vivida, una existencia basada en la certeza de la esperanza. En el Nuevo Testamento, esta espera de Dios, este estar de parte de Dios, asume un nuevo significado: Dios se ha manifestado en Cristo. Nos ha comunicado ya la «sustancia» de las realidades futuras y, de este modo, la espera de Dios adquiere una nueva certeza. Se esperan las realidades futuras a partir de un presente ya entregado. Es la espera, ante la presencia de Cristo, con Cristo presente, de que su Cuerpo se complete, con vistas a su llegada definitiva.

Llegamos así al entender algo que quise explicar ayer, pero que no pude porque se nos acabó el tiempo. Se entiende así lo que es el adviento cristiano y su doble referencia a la venida de Cristo nacido como niño de María en Belén y a la venida gloriosa de Cristo Rey para concluir su obra, para juzgar y para entregar a su Padre la obra concluida de la redención. Repetimos lo que dice Benedicto XVI:

En el Nuevo Testamento, esta espera de Dios [...] asume un nuevo significado: Dios se ha manifestado en Cristo. Nos ha comunicado ya la «sustancia» de las realidades futuras y, de este modo, la espera de Dios adquiere una nueva certeza. Se esperan las realidades futuras a partir de un presente ya entregado. Es la espera, ante la presencia de Cristo, con Cristo presente, de que su Cuerpo se complete, con vistas a su llegada definitiva.

Es importante volver los ojos a la celebración de la navidad, esto es esperar la celebración de la navidad, la primera espera del Adviento, para poder afianzar la espera de Cristo Rey, Juez Universal y Rey del Universo, la segunda espera del Adviento.

Además de esta espera, que es paciencia y perseverancia, la esperanza cristiana nos da valor ante los poderes de este mundo, ante las dificultades y ante los hombres, «la *Segunda Carta a Timoteo* caracteriza la actitud de fondo del cristiano con una bella expresión: “Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio” (1,7)».

10. Vamos ahora a preguntarnos sobre el contenido de nuestra esperanza. ¿Qué es lo que esperamos los Cristianos? Al hilo de esta reflexión desde luego debemos preguntarnos si es esto realmente lo que cada uno espera, si no ha empequeñecido el contenido de su esperanza y por ello no ha empequeñecido también su libertad ante el mundo, si no ha vuelto un poco, como los paganos, a la esclavitud y el temor ante los elementos y los acontecimientos etc.

El papa para aclarar cual es el contenido de la esperanza recurre al inicio del Ritual del Bautismo de Niños. El ritual moderno se ha variado ligeramente el diálogo inicial, pero en el ritual antiguo, el diálogo inicial era como sigue: Se le pregunta a los padres: «¿Qué pedís a la Iglesia?». Respuesta: «La fe». Y «¿Qué te da la fe?». «La vida eterna». Según este diálogo, los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para “la vida eterna”.

La vida eterna es pues aquello que espera el creyente. La fe es la fuente de esa espera, no un mero deseo, sino su sustancia, como hemos dicho. Pero el contenido de lo que se espera es “la vida eterna”.

La pregunta es, si realmente eso es lo que nosotros esperamos, si el deseo y la espera de la vida eterna sigue configurando nuestra vida, las decisiones que tomamos. Lo que debemos preguntarnos es si no hemos sustituido la esperanza de la vida eterna, que es el contenido de la esperanza cristiana, por otras esperanzas intramundanas: por a esperanza. ¿Queremos realmente la vida eterna o, en realidad, queremos, más bien, esta vida? Muchos cristianos fascinados por el aparente atractivo de la vida presente en nuestros días, con sus placeres y sus diversiones, en la práctica han renunciado a la vida eterna y es para ellos, más bien un castigo que un motivo de alegría. En el fondo lo que querían es esta misma vida que ahora viven⁵.

11. Sin embargo este deseo es sólo un espejismo. Sencillamente no es ni posible, porque este mundo nuestro, la tierra no ha sido creada con esa perspectiva, y si lo pensamos bien tampoco querríamos vivir una vida como la que vivimos sin límite, sencillamente no tendría sentido alguno.

Y se pregunta el papa: «¿Entonces que es realmente lo que queremos?»

«Agustín [...] escribió una vez: En el fondo queremos sólo una cosa, la “vida bienaventurada”, la vida que simplemente es vida, simplemente “felicidad”. A fin de cuentas, en la oración no pedimos otra cosa. No nos encaminamos hacia nada más, se trata sólo de esto. Pero después Agustín dice también: pensándolo bien, no sabemos en absoluto lo que

⁵ Hasta aquí llegamos en la exposición verbal de la segunda charla. Pero mantenemos el contenido completo que estaba preparado para esta segunda charla, aunque será retomado y resumido en la tercera y última.

deseamos, lo que quisiéramos concretamente. Desconocemos del todo esta realidad; incluso en aquellos momentos en que nos parece tocarla con la mano no la alcanzamos realmente. “No sabemos pedir lo que nos conviene”, reconoce con una expresión de san Pablo (Rm 8,26). Lo único que sabemos es que no es esto. Sin embargo, en este no-saber sabemos que esta realidad tiene que existir. [...] No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta « verdadera vida » y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados».

12. «De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados. No podemos dejar de tender a ello y, sin embargo, sabemos que todo lo que podemos experimentar o realizar no es lo que deseamos. Esta “realidad” desconocida es la verdadera “esperanza” que nos empuja [...] La expresión “vida eterna” trata de dar un nombre a esta desconocida realidad conocida. Es por necesidad una expresión insuficiente que crea confusión. En efecto, “eterno » suscita en nosotros la idea de lo interminable, y eso nos da miedo; “vida” nos hace pensar en la vida que conocemos, que amamos y que no queremos perder, pero que a la vez es con frecuencia más fatiga que satisfacción, de modo que, mientras por un lado la deseamos, por otro no la queremos. Podemos solamente tratar de salir con nuestro pensamiento de la temporalidad a la que estamos sujetos y augurar de algún modo que la eternidad no sea un continuo sucederse de días del calendario, sino como el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo —el antes y el después— ya no existe. Podemos únicamente tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría. En el Evangelio de Juan, Jesús lo expresa así: “Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría” (16,22). Tenemos que pensar en esta línea si queremos entender el objeto de la esperanza cristiana, qué es lo que esperamos de la fe, de nuestro ser con Cristo».

*** **

A partir de aquí Benedicto XVI afronta dos grandes asuntos, en los que no podemos entrar: 1) la crítica que se ha hecho a la fe cristiana de mantener una esperanza individualista; 2) la pretensión de la modernidad de sustituir la esperanza cristiana, por otras esperanzas. Este punto es realmente importante porque todos, de una forma u otra, hemos bebido de estas

ideas, porque son las ideas que dominan nuestra sociedad y la impregnan. Es necesario, por ello, sacarlas a la luz y mostrar lo que ofrecen de verdadero, pero también lo que tienen de erróneo y los desastres humanos a los que conduce (nº 13-29)

Nosotros vamos a saltar hasta una especie de resumen que hace en los números 30 y 31. Con el resto, seguiremos mañana.

30. «Resumamos [...] A lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los períodos de su vida. A veces puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra.

En la juventud puede ser la esperanza del amor grande y satisfactorio; la esperanza de cierta posición en la profesión, de uno u otro éxito determinante para el resto de su vida. Sin embargo, cuando estas esperanzas se cumplen, se ve claramente que esto, en realidad, no lo era todo.

Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca él mismo podrá alcanzar.

En este sentido, la época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política fundada científicamente. Así, la esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada por la esperanza del reino del hombre, por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero “reino de Dios”. Esta esperanza parecía ser finalmente la esperanza grande y realista, la que el hombre necesita. [...] Pero a lo largo del tiempo se vio claramente que esta esperanza se va alejando cada vez más. Ante todo se tomó conciencia de que ésta era quizás una esperanza para los hombres del mañana, pero no una esperanza para mí. Y [...] una esperanza que no se refiera a mí personalmente, ni siquiera es una verdadera esperanza. También resultó evidente que ésta era una esperanza contra la libertad, porque la situación de las realidades humanas depende en cada generación de la libre decisión de los hombres que pertenecen a ella. Si, debido a las condiciones y a las estructuras, se les privara de esta libertad, el mundo, a fin de cuentas, no sería bueno, porque un mundo sin libertad no sería en absoluto un mundo bueno. Así, aunque sea necesario un empeño constante para mejorar el mundo, el mundo mejor del mañana no puede ser el contenido propio y suficiente de nuestra esperanza. A este propósito se plantea siempre la pregunta: ¿Cuándo es “mejor” el mundo? ¿Qué es lo que lo hace bueno? ¿Según qué criterio se puede valorar si es bueno? ¿Y por qué vías se puede alcanzar esta “bondad”?»

31. «Más aún: nosotros necesitamos tener esperanzas —más grandes o más pequeñas—, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan.

Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza.

Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto.

Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto.

Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es “realmente” vida».

III. TERCER DÍA

LA ESPERANZA CRISTIANA. AL HILO DE LA *SPE SALVI* (II)

Ayer no nos dio tiempo a abordar uno de los asuntos fundamentales de la encíclica: el contenido de la esperanza. Ya en el primer número el papa había dicho que para justificar la afirmación de san Pablo: «En esperanza habéis sido salvados», era necesario que esta esperanza tuviera un gran valor. Sólo si aquello que esperamos tiene un valor excepcional se justifica el esfuerzo de camino y se redime el presente.

Como vimos ayer el Papa Benedicto XVI mostró cómo en realidad la esperanza cristiana, a lo largo de la historia de la Iglesia, desde san Pablo hasta hoy, ha sido una fuerza liberadora, una fuerza que aunque hable del futuro muestra su fuerza en el presente. Para eso recurrió a la historia de Josefina Bakhita. Y mostró cómo la esperanza cristiana, en realidad, adelanta aquello que esperamos por la fe: **«La fe es sustancia de lo que se espera, prueba de lo que no se ve»**. El objeto de nuestra esperanza, es verdad, está en el futuro, pero tenemos un adelanto cierto, la vida nueva que esperamos ya ha comenzado, tenemos las arras del amor de Dios, aunque aún no hayamos llegado a la meta.

Pero ciertamente falta por definir cuál es el contenido de la Esperanza. Vamos a intentar resumirlo. Aunque creo que todos nosotros tenemos una idea más o menos clara de qué esperamos o, al menos, de qué aquello que debemos esperar de Dios.

El papa habla del contenido de la Esperanza cristiana (¿Qué es lo que espera un cristiano?) en el número 10, con una primera descripción. Luego empieza un largo diálogo con la modernidad, con el pensamiento y la cultura de la modernidad y con la crítica de esta modernidad a la esperanza cristiana. Y vuelve a retomar la respuesta al contenido de esa esperanza en los números 30 y 31. Intentamos resumir, por tanto lo que dice el papa en los números del 10 al 12 y del 30 al 31:

¿Qué es lo que espera el cristiano? ¿Qué es lo que espera el fiel, el que da fe a Dios? – Espera la vida eterna. **«Porque ésta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna»**, dice Jesús en el Evangelio (Jn 6,40). Y ese es el contenido de la esperanza cristiana.

La vida eterna es el don, la sustancia, que nos regala fe, de forma incipiente pero real, y que nos hace libres. Y esa misma vida eterna es el objeto de nuestra esperanza, aquello hacia lo que caminamos.

Aquí cabría hacerse dos preguntas: ¿realmente es eso lo que esperamos? ¿se corresponde a nuestros deseos?, o ¿cuáles son realmente nuestros deseos?; y luego, ¿al hablar de vida eterna, qué estamos diciendo realmente?

A) ¿Qué es realmente lo que deseamos?

«Agustín [...] escribió una vez: En el fondo queremos sólo una cosa, la “vida bienaventurada”, la vida que simplemente es vida, simplemente “felicidad” [...]. No nos encaminamos hacia ninguna otra cosa, se trata sólo de esto. Pero después Agustín dice también: pensándolo bien, no sabemos en absoluto lo que deseamos, lo que quisiéramos concretamente. Desconocemos del todo esta realidad; incluso en aquellos momentos en que nos parece tocarla con la mano no la alcanzamos realmente [con lo cual no conocemos, no sabemos qué es en realidad esa vida bienaventurada] [...] Lo único que sabemos es que no es esto [que vivimos ahora]. Sin embargo, en este no-saber sabemos que esta realidad tiene que existir. [...] No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta « verdadera vida » y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados».

«De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos

impulsados [...] La expresión “vida eterna” trata de dar un nombre a esta desconocida realidad conocida [a la que tiende nuestro corazón]».

B) Lo que es la vida eterna

Para entender qué hay detrás de esta expresión, “vida eterna”, debemos tratar de salir con nuestro pensamiento de la temporalidad a la que estamos sujetos y entender que la eternidad no sería un continuo sucederse de días, no un transcurrir sin fin del tiempo, sino que sería un momento eterno, «momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo –el antes y el después– ya no existe». Podemos «tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría. En el Evangelio de Juan, Jesús lo expresa así: **“Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría”** (16,22). Tenemos que pensar en esta línea si queremos entender el objeto de la esperanza cristiana, qué es lo que esperamos de la fe, de nuestro ser con Cristo».

«Resumamos», dice el Papa (nº 30).

A lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los períodos de su vida. A veces puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra.

En la juventud puede ser la esperanza del amor grande y satisfactorio; la esperanza de cierta posición en la profesión, de uno u otro éxito determinante para el resto de su vida. Sin embargo, cuando estas esperanzas se cumplen, se ve claramente que esto, en realidad, no lo era todo.

Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca él mismo podrá alcanzar.

Necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan.

Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza.

Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto.

Traigo aquí una cita de san Bernardo, que no trae el papa pero que subraya esta idea de que el contenido de la esperanza cristiana. Dice san Bernardo: «El hambre verdadero se acalla únicamente con el alimento que corresponde a la naturaleza del hombre»⁶. Es decir: ¿qué esperamos? ¿qué es la vida eterna que deseamos? ¿cuál es el contenido de la vida dichosa, de la que hablaba san Agustín? –Dios. Sólo él puede saciar el hambre que muestra el corazón del hombre. Él es el *Unum Necessarium*.

*** **

Benedicto XVI pasa después, a partir del número 32 a indicar cómo ejercitarnos en la esperanza, dónde o cómo podemos acrecentar esta esperanza que nace en nosotros con la verdadera fe. Y habla de tres lugares o modos de aprendizaje y ejercicio de la esperanza, muy diversos: la oración, el primero (32-34); el actuar y el sufrir, de la vida ordinaria, el segundo (35-40); el Juicio, una verdadera comprensión del Juicio final de Dios, en tercer lugar (41-48).

Como no podemos explicar estos tres lugares de aprendizaje y ejercicio de la esperanza me centraré en el segundo. Pero quiero decir que me cuesta no hablar del tercero, sencillamente porque me parece magistral la explicación que el Papa da del Juicio de Dios como lugar de esperanza. Realmente a uno le parece que hasta estos aspectos, que podríamos llamar más tenebrosos de nuestra fe, es decir, el juicio, con la posibilidad de condenación, con el infierno..., hasta en estos aspectos la fe muestra una belleza armónica en su conjunto y una adecuación a nuestra exigencia de justicia, verdaderamente asombrosa.

35. «Toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto [...] en el sentido de que así tratamos de llevar adelante nuestras esperanzas, más grandes o más pequeñas; solucionar éste o aquel otro cometido importante para el porvenir de nuestra vida: colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano, y se abran así también las puertas hacia el futuro. [Si nouviésemos ninguna esperanza, no haríamos nada]

Pero el esfuerzo cotidiano por continuar nuestra vida y [el trabajo] por el futuro de todos nos cansa [...] si no está iluminado por la luz de aquella esperanza más grande que no puede ser destruida ni siquiera por frustraciones en lo pequeño ni por el fracaso en los acontecimientos de importancia histórica.

⁶ SAN BERNARDO, *A los clérigos, sobre la conversión*, 26. O.C. I (BAC 444, Madrid 1993)

Si no podemos esperar más de lo que es efectivamente posible en cada momento y de lo que podemos esperar que las autoridades políticas y económicas nos ofrezcan, nuestra vida se ve abocada muy pronto a quedar sin esperanza».

Creo que todos hemos tenido la experiencia de cosas que esperábamos alcanzar con nuestro trabajo y que no dieron el resultado que esperábamos en un principio. Así aprendimos que no somos dioses, que muchas veces por bien que queramos hacer las cosas, la eficacia de nuestro esfuerzo, la eficacia de nuestro trabajo, no está en nuestras manos. No hablo sólo del trabajo profesional. Hablo también del desvelo por los nuestros, por nuestras familias. Cuántas nos hemos esforzado por sacar adelante el matrimonio o educar a nuestros hijos en la fe, o ayudar a algún amigo que pasa por momentos difíciles... Y cuántas veces tenemos que reconocer que el resultado de nuestros desvelos, de nuestros esfuerzos y sacrificios no se corresponden a lo que realmente esperábamos y deseábamos. Aprendimos realmente que no somos dioses, que no tenemos esa capacidad creadora que muestra Dios en el Génesis, cuando con su sola Palabra obra maravillas. Nosotros no, nuestro trabajo, nuestro esfuerzo, nuestras preocupaciones no son realmente eficaces. Podemos ser eficaces hasta un cierto punto. Si uno es arquitecto, pongamos como ejemplo, su trabajo normalmente puede ser eficaz realmente y contribuir al bien común. Pero ese mismo arquitecto, eficaz en su trabajo, tendrá que reconocer que no es capaz de asegurar a vida feliz de su hijo o de su esposa, que no es capaz de asegurar, por mucho que se empeñe, la vida feliz ni de aquellos a los que ama ni de sí mismo. Fuera ya de este ejemplo, cuando llega la enfermedad o creemos que se acerca la muerte, todos nuestros éxitos anteriores se ponen en tela de juicio: ¿para qué sirvió, al fin todo? Todo esto nos enseña que no somos dioses. Muchas veces vivimos como si realmente lo fuésemos, pero es sólo un espejismo. No somos dioses.

Sin embargo existe Dios, que puede dar eficacia a nuestra vida y dar sentido a nuestros sufrimientos, a nuestros trabajos y a nuestros sacrificios. Y aquí está nuestra esperanza verdadera. Las pequeñas esperanzas que nosotros ponemos al trabajar o al sacrificarnos sólo están seguras si tenemos la gran esperanza de que Dios rescata nuestra vida entera, de que ningún sacrificio, ningún dolor, ningún fracaso quedará al margen de esta capacidad del amor de Dios de sacar vida de la muerte, de transformar esta realidad nuestra conforme a la resurrección de su Hijo, sacando vida de la muerte, victoria de derrota, gloria de la humillación.

«Es importante [...] saber que yo todavía puedo esperar, aunque aparentemente ya no tenga nada más que esperar para mi vida o para el momento histórico que estoy viviendo. Sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias

al cual, tienen para él sentido e importancia, sólo una esperanza así puede en ese caso dar todavía ánimo para actuar y continuar.

Ciertamente, no “podemos construir” el reino de Dios con nuestras fuerzas [...] El reino de Dios es un don, y precisamente por eso es grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza. Y no podemos –por usar la terminología clásica– “merecer” el cielo con nuestras obras. Éste es siempre más de lo que merecemos, del mismo modo que ser amados nunca es algo “merecido”, sino siempre un don. No obstante... nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia. Podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien. Es lo que han hecho los santos que, como “colaboradores de Dios”, han contribuido a la salvación del mundo (cf. 1 Co 3,9; 1 Ts 3,2).

[...] Eso sigue teniendo sentido aunque en apariencia no tengamos éxito o nos veamos impotentes ante la superioridad de fuerzas hostiles. Así, por un lado, de nuestro obrar brota esperanza para nosotros y para los demás; pero al mismo tiempo, lo que nos da ánimos y orienta nuestra actividad, tanto en los momentos buenos como en los malos, es la gran esperanza fundada en las promesas de Dios».

36. «Al igual que el obrar, también el sufrimiento forma parte de la existencia humana. Éste se deriva, por una parte, de nuestra finitud y, por otra, de la gran cantidad de culpas acumuladas a lo largo de la historia, y que crece de modo incesante también en el presente. Conviene ciertamente hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento; impedir cuanto se pueda el sufrimiento de los inocentes; aliviar los dolores y ayudar a superar las dolencias psíquicas.

Todos estos son deberes tanto de la justicia como del amor y forman parte de las exigencias fundamentales de la existencia cristiana y de toda vida realmente humana ... Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal [...]

Esto sólo podría hacerlo Dios: y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella. Nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que **“quita el pecado del mundo”** (Jn 1,29) está presente en el mundo».

37. « [...] Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo.

[...] Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito.

En este contexto, quisiera citar algunas frases de una carta del mártir vietnamita Pablo Le-Bao-Thin († 1857) en las que resalta esta transformación del sufrimiento mediante la fuerza de la esperanza que proviene de la fe.

“Yo, Pablo, encarcelado por el nombre de Cristo, os quiero explicar las tribulaciones en que me veo sumergido cada día, para que, enfervorizados en el amor de Dios, alabéis conmigo al Señor, porque es eterna su misericordia (cf. Sal 136 [135]). Esta cárcel es un verdadero infierno: a los crueles suplicios de toda clase, como son grillos, cadenas de hierro y ataduras, hay que añadir el odio, las venganzas, las calumnias, palabras indecentes, peleas, actos perversos, juramentos injustos, maldiciones y, finalmente, angustias y tristeza. Pero Dios, que en otro tiempo libró a los tres jóvenes del horno de fuego, está siempre conmigo y me libra de las tribulaciones y las convierte en dulzura, porque es eterna su misericordia. En medio de estos tormentos, que aterrorizarían a cualquiera, por la gracia de Dios estoy lleno de gozo y alegría, porque no estoy solo, sino que Cristo está conmigo... ¿Cómo resistir este espectáculo, viendo cada día cómo los emperadores, los mandarines y sus cortesanos blasfeman tu santo nombre, Señor, que te sientas sobre los querubines y serafines? (cf. Sal 80 [79],2). ¡Mira, tu cruz es pisoteada por los paganos! ¿Dónde está tu gloria? Al ver todo esto, prefiero, encendido en tu amor, morir descuartizado, en testimonio de tu amor. Muestra, Señor, tu poder, sálvame y dame tu apoyo, para que la fuerza se manifieste en mi debilidad y sea glorificada ante los gentiles ... Queridos hermanos al escuchar todo esto, llenos de alegría, tenéis que dar gracias incesantes a Dios, de quien procede todo bien; bendecid conmigo al Señor, porque es eterna su misericordia ... Os escribo todo esto para que se unan vuestra fe y la mía. En medio de esta tempestad echo el ancla hasta el trono de Dios, esperanza viva de mi corazón”.

Ésta es una carta “desde el infierno”. Se expresa todo el horror de un campo de concentración en el cual, a los tormentos por parte de los tiranos, se añade el desencadenarse del mal en las víctimas mismas que, de este modo, se convierten incluso en nuevos instrumentos de la crueldad de los torturadores. Es una carta desde el “infierno”, pero en ella se hace realidad la exclamación del Salmo: **“Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro... Si digo: Que al menos la tiniebla me encubra ..., ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día”** (Sal 139 [138] 8-12; cf. Sal 23[22], 4).

Cristo ha descendido al “infierno” y así está cerca de quien ha sido arrojado allí, transformando por medio de Él las tinieblas en luz. El sufrimiento y los tormentos son

terribles y casi insoportables. Sin embargo, ha surgido la estrella de la esperanza, el ancla del corazón llega hasta el trono de Dios. No se desata el mal en el hombre, sino que vence la luz: el sufrimiento —sin dejar de ser sufrimiento— se convierte a pesar de todo en canto de alabanza».

38. «La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana.

[...] aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que éste llegue a ser también mío. Pero precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de un otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor.

La palabra latina *consolatio*, consolación, lo expresa de manera muy bella, sugiriendo un «ser-con» en la soledad, que entonces ya no es soledad.

Pero también la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad [...] La verdad y la justicia han de estar por encima de mi comodidad e incolumidad física, de otro modo mi propia vida se convierte en mentira. Y también el «sí» al amor es fuente de sufrimiento, porque el amor exige siempre nuevas renunciaciones de mi yo, en las cuales me dejo modelar y herir. En efecto, no puede existir el amor sin esta renuncia también dolorosa para mí, de otro modo se convierte en puro egoísmo y, con ello, se anula a sí mismo como amor».

39. «Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo. Pero una vez más surge la pregunta: ¿somos capaces de ello? ¿El otro es tan importante como para que, por él, yo me convierta en una persona que sufre? ¿Es tan importante para mí la verdad como para compensar el sufrimiento? ¿Es tan grande la promesa del amor que justifique el don de mí mismo?

En la historia de la humanidad, la fe cristiana tiene precisamente el mérito de haber suscitado en el hombre, de manera nueva y más profunda, la capacidad de estos modos de sufrir que son decisivos para su humanidad. La fe cristiana nos ha enseñado que verdad, justicia y amor no son simplemente ideales, sino realidades de enorme densidad. En efecto,

nos ha enseñado que Dios —la Verdad y el Amor en persona— ha querido sufrir por nosotros y con nosotros.

Bernardo de Claraval acuñó la maravillosa expresión: *Impassibilis est Deus, sed non incompassibilis, Dios no puede padecer, pero puede compadecer*. El hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder com-padecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la con-solatio, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza.

Ciertamente, en nuestras penas y pruebas menores siempre necesitamos también nuestras grandes o pequeñas esperanzas: una visita afable, la cura de las heridas internas y externas, la solución positiva de una crisis, etc. También estos tipos de esperanza pueden ser suficientes en las pruebas más o menos pequeñas.

Pero en las pruebas verdaderamente graves, en las cuales tengo que tomar mi decisión definitiva de anteponer la verdad al bienestar, a la carrera, a la posesión, es necesaria la verdadera certeza, la gran esperanza de la que hemos hablado...

Digámoslo una vez más: la capacidad de sufrir por amor de la verdad es un criterio de humanidad. No obstante, esta capacidad de sufrir depende del tipo y de la grandeza de la esperanza que llevamos dentro y sobre la que nos basamos. Los santos pudieron recorrer el gran camino del ser hombre del mismo modo en que Cristo lo recorrió antes de nosotros, porque estaban repletos de la gran esperanza».

Concluyo estas charlas con mis propias palabras:

El trabajo y el sufrimiento, que son inherentes a la vida humana, deben ayudarnos a poner nuestro deseo, el deseo de nuestro corazón en la gran esperanza, que es Dios, el Único Necesario.

Quizá tengamos que reconocer que muchas veces hemos trabajado y nos hemos cansado, sin pensar para nada en él, sin esperar nada de él, o mejor, sin tenerle a él como el verdadero horizonte de nuestra vida, como nuestra verdadera meta, como nuestro verdadero descanso, como el verdadero objeto de nuestro deseo. ¿Hemos trabajado siempre por puro deseo de alcanzar a Dios? – Ciertamente no.

Pero cuando todas las cosas nos muestran su pobreza, su incapacidad para darnos la vida bienaventurada; cuando todos nuestros esfuerzos muestran su insuficiencia; cuando nuestros trabajo nos paga con la miseria...; al menos entonces, pongamos en Dios nuestro

deseo y nuestra esperanza. Como el hijo pródigo de la parábola, que se plantea volver a casa de su padre sólo cuando experimenta que el mundo lo ha abandonado.

Hay que reconocer que hacer esto: buscar el amor de Dios como segunda opción, no parece una cosa muy noble, pero es lo único que tenemos. Parecería que lo buscamos porque todo lo demás nos ha dado de lado. Y en cierta forma, así es. Pero formaba parte de su enseñanza, de la condescendencia divina, de la pedagogía con la que él nos enseña que sólo su amor es la meta deseable y justa de nuestra vida. Su amor sí, su amor siempre nos ha esperado a nosotros, y ha deseado nuestra compañía y permanece invariablemente prendado de nosotros, invariablemente fiel.

El amor que nos ha mostrado en el nacimiento de su Hijo como hombre, el que nos ha mostrado en la cruz de su Hijo, alimenta con la certeza nuestra esperanza empuja nuestra vida hacia Dios. Con él, que ha venido en su Hijo, con él, que permanece entre nosotros en su Hijo, le esperamos y el nos espera.